



Libertad

—+—

Sombra, sombra de hojas verdes, era lo que buscaban ambos en las horas de amor. ¡Cuánto cantaron juntos aquella primavera! ¡Cuántas ternezas se dijeron los dos en la copa de un árbol agitado por la brisa!... Si ella, mirando al cielo, se arrobaba en su canción, ofala él atento, ladeando un poco la cabecita temblorosa; y cuando morían las últimas notas en el pico de su compañera, sacudíase las plumas, se erguía con gentileza para entonar también la trova del amor ardiente. ¡Jilguero de más inspiración y más fachenda! Era grande y tenía el plu-

maje limpio y hermoso. Había pasado en la vida sus aventuras serias y graves. Una mañana, cayó preso en liga; vió correr hacia él cuatro chiquillos locos de gozo; hizo entonces un esfuerzo supremo, y escapó... Dejar, dejó allí plumas, compró con sangre la libertad de sus alas; pero logró huir á la espesura, á los rincones sombríos de follaje, al hogar de hojas de sus sueños... Aquel día voló mucho, bebió con ansia la dicha de ser libre, y á una araña que sorprendió acechando á una mosca, matóla de un picotazo...



¡A cuántos afanes les llevó el amor, á él y á su compañera! Gracias que ésta, salió la pájara más hacendosa y sabihonda que se había visto. Estaba en todo. Hilos, briznas, tamo, cerdas, todo se lo colgaba del pico, y lo traía á casa para hacer el nido; y mientras su amante enmarañaba y tejía aquellos materiales, ella le contemplaba enamorada, charloteando en voz baja, y dando también sus planes... Así elevaron á su amor un templo, y en él se unieron felices, escondidos en

la fronda misteriosa, teniendo como regalo de bodas azul de cielo, rayos de sol, caricias de la brisa, música de hojas...

Tuvieron hijos; cuatro diablejos tragones, que todos se volvían boca en cuanto olían comida; había que cebarlos; había que salir y buscar alimentos. En esto se pasaban el día. El calor de sus plumas, el pan de sus bocas; todo era poco para aquellos golosos. ¡Qué fatigas!

Cuando los pequeñuelos comenzaron á echar pluma y alegraban el árbol con su charla, salieron un día los padres en busca de alimento. Volvieron al obscurecer... No hallaron en el árbol nido ni pájaros; no tuvieron á quien cebar. Entonces comenzó el amor triste, el cantar llorando, la queja inmensa que se perdió en la soledad de la arboleda. Cuando cerró la noche, velaron juntos su dolor, sobre las ruinas del nido; no pegaron los ojos, y á la luz del alba de aquel día no la saludaron cantando...



El amor les guió. Volaron, volaron, buscando aquí y acullá. No se sabe quién

les mostró el paradero de sus hijos... pero dieron con ellos. En una casa, no muy lejos del bosque, había un balcón, de cuyas rejas pendía una jaula; allí estaban los cuatro tragones encerrados entre alambres, presos por un rapaz, un diablejo tirano, un saltabardales, que había dicho á un compañero de correrías:

—Ya verás como vienen los padres á cebarlos...

—Vendrán; pero hay que tener ojo; dicen que los jilgueros envenenan á sus hijos, cuando ven que es imposible liberarlos...—le replicó el otro tirano.

Sí; los padres vinieron; llegaron angustiados; posáronse primero en las ramas de un árbol cercano á la casa, para estudiar la situación, y cuando se creyeron solos y seguros, lanzáronse como locos encima de la jaula, erizadas las plumas, los ojos ardiendo... El padre aferró el pico á una reja, intentando arrancarla; la madre besaba á los hijuelos y extendía las alas como para abrazarlos y darles calor... ¡Malditas rejas!

Convencidos de su impotencia, instalaronse ambos en un árbol próximo á la cárcel; desde él veían á los cuatro tra-

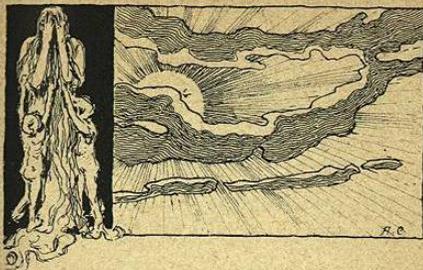
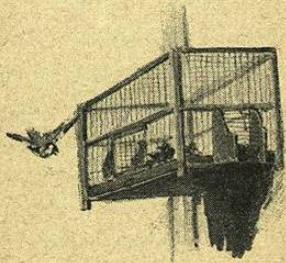
gones; desde él volaban todos los días á llevarles de comer, con lo cual el chiquillo tirano estaba satisfecho; crecían los pájaros que era un primor; de día en día, se les notaba crecer las plumas de las alas, ¡de unas alas que crecían aprisionadas!... Días y más días se pasaron padres é hijos contemplándose; aquéllos en el árbol, éstos en la cárcel...

Moría la primavera. Una mañana, ambos jilgueros partieron del árbol como saetas. Nadie los vió en todo el día; pero volvieron al ponerse el sol, y cebaron como siempre á los golosos; luego volaron á las ramas de su hogar, y en él pasaron la noche silenciosos, encogidos, inmóviles, hasta que apuntó la aurora. Tampoco aquel día la saludaron cantando...

Cuando ya el sol alegraba los campos, apareció en el balcón el chiquillo carcelero á visitar los presos. Estaban muertos, y velaban sus cadáveres, desde el árbol cercano, dos jilgueros, inmóviles, silenciosos, que parecían dos puntos negros.

Recordó entonces el niño lo que le había dicho su amigo. ¿Sería verdad lo del veneno?

Y miró á los dos pájaros. Estos, entonces, entonaron no sé qué himno de libertad sagrada ó terrible protesta; revolotearon un momento contemplando los cadáveres de sus hijos, alejéronse luego, y el rapaz los vió perderse para siempre en el espacio azul. Iban cantando...



Nube de paso

Si alguien preguntaba á Quico de qué vivía, la contestación era segura:

—De esos cuatro terrones, decía señalando la finca que llevaba en arriendo y que antes habían llevado sus padres; tres ó cuatro tierras de labor, un castañar, una casucha con un horno en la parte de atrás, que parecía una joroba, un cobertizo para los aperos de labranza, un hórreo y un huerto con cuatro perales, una higuera y algunos manzanos viejos, medio derrengados y consumidos por el muérdago.

A la puerta de la casa había un banco. Sentábase en él Quico después del trabajo. Del labio inferior colgaba el papel de fumar; después, con mucha calma, restregaba el tabaco entre las manos, hacía el cigarro, y lo encendía con yesca... En aquel banco había pasado lo mejor de su vida. ¡Había descansado tanto en él! Allí había envejecido lentamente; allí, de rapaz, fué donde tuvo paliques amorosos con su Pepa, que era entonces gala de la aldea, flor de aquellos campos, sonrosada, sana, limpia como el rocío, y dura como una encina... Ahora estaba vieja y seca como la madera del hórreo. ¡Cuánto habían luchado! ¡cuánto habían sufrido á la sombra de aquellos árboles! ¡qué penoso esfuerzo les costaba llevar el pan desde la tierra á la boca!...



Por el medio de la finca pasaba, entre árboles, un regato silencioso, en el cual mamaban humedad las tierras, que á su tiempo pagaban el favor con buenas cosechas. Era una gloria, en la época

de la recolección, ver el balconcillo de la casa lleno de colgajos amarillos, que eran ristras de maíz, y dentro del hórreo montones de trigo. Quico era dichoso... Borona á pasto, en el granero escanda, en el cubil un cerdo, en el corral gallinas y un par de vacas de leche y de trabajo, ¿qué más quería? Tampoco faltaban en la cocina unas vejigas de manteca y un perol de aceite...

Pues llegó un año malo, un año maldito de escaseces. Secó el regato, cosa que nunca había sucedido en vida de Quico; en tres meses no cayó gota de agua. Daba pena ver aquel cauce seco, lleno de guijarros, y aquellas tierras muertas de sed, abriendo todos los días nuevas grietas, como bocas dispuestas á pedir un poco de agua á la primer nube que pasara... ¡Desolación como ella! El cielo siempre azul, amenazando siempre con su hermosura, con su limpieza; y luego el sol despiadado hería, resquebrajaba los tallos para sorber el jugo en las entrañas mismas de las plantas, y después de robarlo el muy ladrón, se lo llevaba hacia arriba, lo evaporaba en el espacio juntamente con la poca hume-

dad que conseguía extraer de los terrenos...

Quico, que leía la hora por la altura del sol, decía á su mujer bromeando tristemente, al ver que nunca se nublaba:

—No hay reloj de oro que tenga cuerda *pa* tres meses como este mío. Y trazas de parar no las tiene...

Pepa lloraba pensando en la miseria. Todo lo que veían sus ojos le hablaba del hambre, que venía á pasos de gigante haciendo crujir bajo sus pies las plantas secas, amarillas, que formaban el cuadro de aquella naturaleza agonizante... Quico dejó de hablar de puro triste; por la noche rezaba con su esposa: —Un Padrenuestro porque Dios nos escuche... Un Avemaría, para que las nubes que van hacia el mar vengan *pacá*, que hacen más falta...

Una ligera esperanza que sobrevivía á tantas como habían muerto, estaba á punto de expirar también. Tres días más de sol, y no se salvaría *nada*: sería tarde. Todos los recursos se habían agotado: rogativas, procesiones... Nada, ni una gota bajaba.

Apareció un día el horizonte brumoso, muy obscuro. Viólo Quico y dijo á Pepa:

—*¡Pos* aquella negrura *pué* que venga á ponernos el jarro en el picol...

—Dios te oiga... Algo puede salvarse todavía,—contestó la anciana.

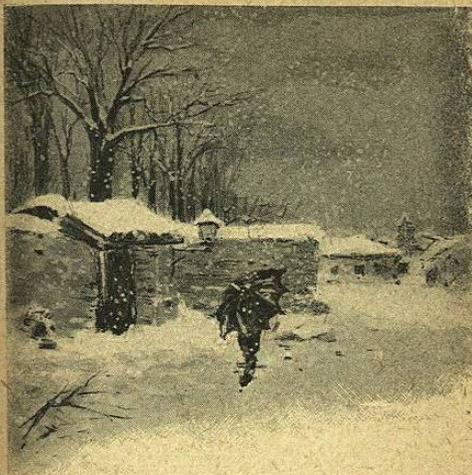
La cerrazón crecía; continuaba avanzando la nube poco á poco. Varios aldeanos de las cercanías vinieron á casa del veterano Quico, y formóse un corro delante de la puerta. Todos los ojos miraban al cielo; dos ó tres mujeres rezaban de bruces besando la madre tierra. La nube seguía extendiéndose. Llegó á nublar el sol. En el grupo de aldeanos no hablaba nadie; algunas mujeres sollozaban con el rostro en el polvo...

Y de pronto sopló ligeramente el viento. Clareó el horizonte... La nube comenzó á huir con lentitud, pasando de largo, indiferente, fría como la felicidad que escapa... Seguían los aldeanos...



nos en silencio; algunos temblaban. El viejo Quico dejó de mirar al cielo; clavó los humildes ojos en la tierra seca, y lloró.

Después apareció el sol...



La última mosca

Llegó el invierno «con sus nieves cano». De tarde en tarde podíamos tomar un sol de tan pocos alientos, que más bien parecía querer robarnos el humilde calor que cada cual llevaba debajo del abrigo, que prestarnos buenamente un haz de rayos tibios para ir viviendo.

Una noche disponíame yo á leer me-

tido en la cama, cuando oí á mi lado el aleteo de una mosca. Era flaca, desmirriada, y tenía las alas rotas. Debía de ser la última del invierno. Los restos mortales de sus hermanas, pegados á las vidrieras, habían desaparecido como mísero polvo, ahuyentado por el plumero de la criada... ¡La última mosca que aun luchaba!... Ardía en mi candelero la mitad de una vela, y en ella se posó, alicaída y débil; luego, poco á poco, fué ascendiendo, como granuja por cucaña, hasta colocarse á distancia tal de la llama que sintiera el halago del calor sin peligro de quemarse.

Comencé á leer. Entró mi espíritu de tan buena gana en los laberintos del libro, que en vano el reloj me dijo: ¡las once, las doce! No oí maldita la campaña. Al fin el sueño empezó á vencerme; la voz que me hablaba escondida en el bosque de páginas, se hizo más confusa y suave, y mi alma, como vieja miedosa, que cuida de *cerrarse por dentro*, dejaba plegarse á los párpados rendidos... Incorporéme pesadamente para apagar la luz. Sólo quedaba un pequeño cabo de vela; y la mosca solitaria había ido des-

cendiendo, á medida que la llama bajaba, mendigando al fuego un instante de vida, pero disfrutando del calorillo agradable que exhalaba la muerte... Sí, la muerte estaba en mi cuarto. La víctima iba á ser una mosca; ¡pero era la muerte! El día señalado, tan polvo será mi cuerpo como el de ese animalejo... Como el más respetable *homo sapiens*, esa mosca nace, vive, muere, y ansía el alimento y tiene apego á la vida... La llama y la mosca seguan bajando...

Con gran arranque fuí á soplar la luz y me detuve. No. Que la mate el frío ó que la mate el Tato, como decían nuestros padres. No todos los días está uno para quebrantar Mandamientos. Soy hombre que no mata una mosca.

Volvíme hacia la pared y dije para mí: Quédate aquí, desdichada, ya que te condena, quien puede, á morir con los últimos alientos de esa vela. Día llegará en que el calor huya también de mí y de nada han de valerme entonces estas mantas felpudas, ante los témpanos con que la muerte rodeará este lecho...

Y hubiera continuado este discurso grave, si no me cortara los vuelos el so-

por del sueño. Recuerdo vagamente la agonía de la luz: claridades y sombras que aleteaban en las paredes de la alcoba en medio del silencio...

Desperté al día siguiente y vieron mis ojos el sol de invierno que iluminaba el dormitorio. La vela había desaparecido, y en el mármol blanco de la mesa de noche yacía, chamuscado y patas arriba, el cadáver de una mosca.



Historia de un cojo

Era un gatazo blanco con dos manchas negras sobre el lomo. En su mocedad jugueteó con los niños, les arañó á su gusto, le sacó el bandullo á un sofá, y además... no había en la despensa tajada segura. Limpio, lo era. Todos los días dormitaba á la hora de la siesta, enroscado encima del periódico que tenía en la mesa del despacho el señor de la casa; pero, eso sí, siempre alerta, moviendo las orejas hacia el sitio en que oía ruidos precursores de un puntapié.

Dos veces se acordó en la casa la expulsión de aquel animal. La cocinera le echó una vez por la ventana á un patio amorillado.



—Siquiera se ve uno libre de ese diablo,—dijo el señor, á la mesa, mientras se ponía las gafas para leer el periódico.

¡Ilusiones! Al otro día se presentó en casa el despedido. Llegó tristón, embadurnado de hollín y cojeando de una pata trasera. Indiferente, frío, se encaminó á la cocina, husmeó debajo del albañal á ver si había algo que masticar... y, por suerte, nadie se metió con él; verdad es que durante unos días vivió en el retraimiento y cazó más de seis ratones, lo cual le dió cierto prestigio.

Al fin, un día dijo el ama de la casa:

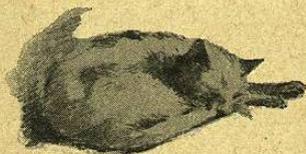
—Dejad en paz al pobre cojo... Sin gato no podemos estar.

Y el cojo triunfó; creóse una reputación sólida, y entre tomar el sol en la galería, hacer escapatorias amorosas y martirizar las ratas enormes que saltan de debajo del hogar, entró en el período serio de la vida, y llegó á permitirsele, habiendo visitas, atravesar la sala á paso lento, luciendo la cojera que le duró hasta la muerte.

—Dejadle, dejadle, es que huele algo.

Así pasó algunos años de conducta

intachable, tranquilo, gordo, sereno, plácido, sin disgustos. Sólo una vez le vi, en presencia de un perro, arquear el espinazo, elevar la cola heroicamente... El perro huyó, cesó el peligro de un lance; pero el cojo aun no las tenía todas con-



siguiente. Le vi aún después de media hora, solitario, adusto, paseando por los rincones de la casa en la misma actitud hostil.

.....

Pasaron doce años, que acarrearón la senectud del cojo. En una silla de la galería había unos trapos aplastados que formaban una concavidad, donde se arrellenaba el viejo en las horas de sol. Se respetaba aquella silla. Las mismas manos que cuando eran de niños las había arañado el gatazo, ahora eran de hombre y le halagaban.

—¿Cómo está el cojo?

Y ¡tras! una palmada cariñosa.

Llegaba la noche... y el cojo á su puesto, á su trono, encima del hogar, al amor del calorcillo que exhalaban las planchas de hierro.

¡Fué héroe de tantos dramas que quedaron en el misterio! Mientras todos dormían en la casa, él, allí sentado, silencioso, atusándose de vez en cuando los bigotes, espiondo todos los rumores de la noche y dispuesto á luchar. Había ratas terribles. Desde lo alto del hogar saltaba sobre ellas, sí, pero... había pelea. No infundían temor sus uñas; le faltaban agilidad y fuerza al viejo, y el enemigo mordía, chillaba; á veces lograba escapar.

No pasó mucho tiempo sin que el cojo quedara casi ciego. Al andar chocaba contra las paredes, padecía vértigos, se tambaleaba... ¡Una debilidad muy triste! Intentó una vez subir al hogar y no pudo. Se pasó la noche en el santo suelo de la cocina. ¿Qué tragedia representó allí el pobre cojo?... Al día siguiente aparecieron en la cocina tres ratas muertas, y el viejo tenía dos heridas en el cuello ensangrentado...

—El cojo se muere de viejo,—dijo la criada,—da asco verlo...

En un rincón de la cocina había un sitio para las barreduras, que fué el lecho mortuario de aquel veterano. Ciego, tembloroso, sin saber adonde iba, allí cayó. La criada, antes de que nadie se levantara de la cama, cogió el cadáver por la cola y lo arrojó con fuerza á un jardín cercano.

—¡Fuera basura!

—¿Y el cojo?—preguntó por la mañana un chiquillo.

—Allí.

Miró. Se veía una mancha blanca entre el verdor del huerto. El sol bañaba ya la silla del cojo, aquella silla cóncava...

